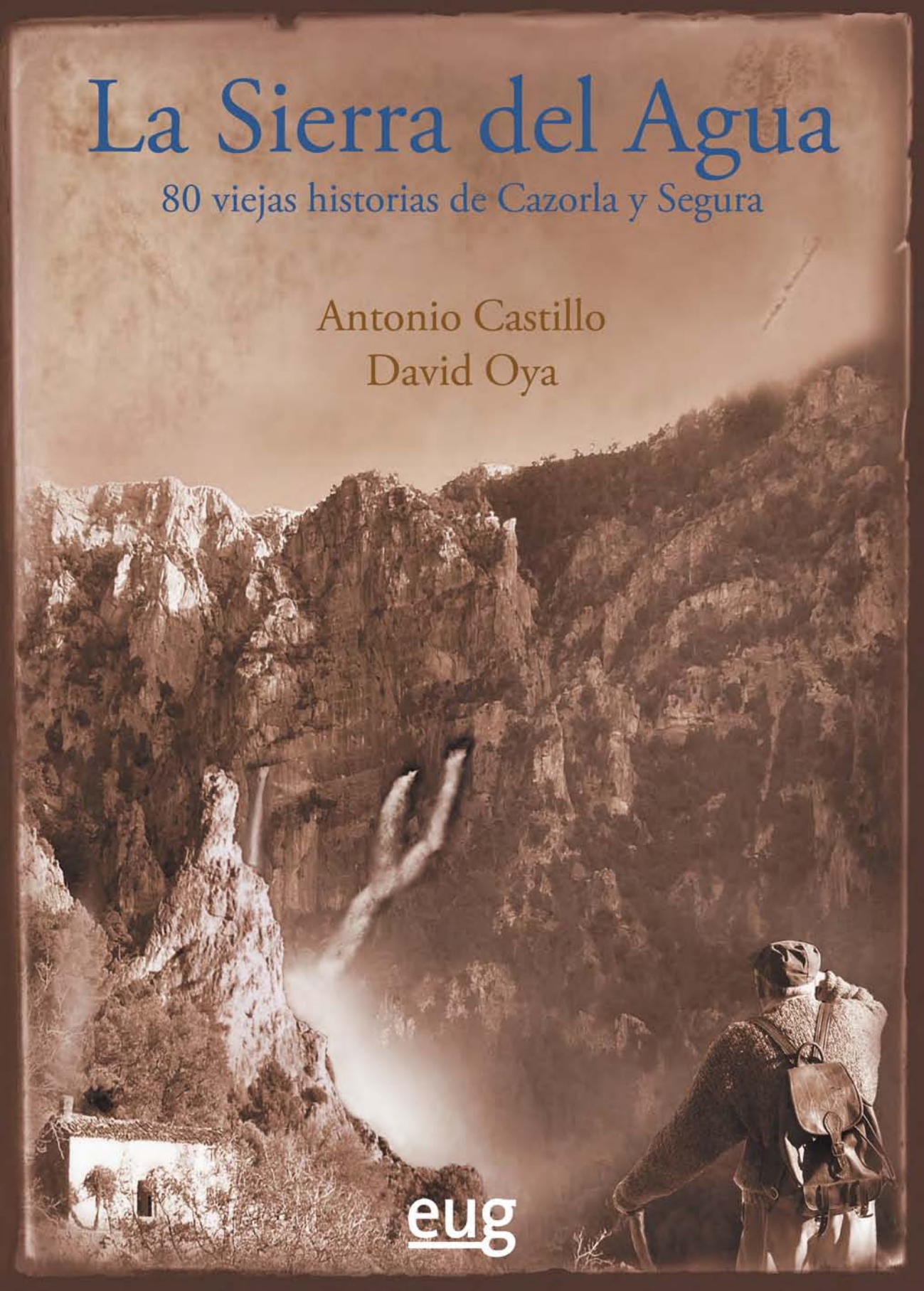


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"El rey Balduino y las truchas del pantanillo de Coto Ríos"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 61-63



10. El rey Balduino y las truchas del pantanillo de Coto Ríos

Por Antonio Castillo (con textos de Rafael González-Ripoll)



Pantanillo de Coto Ríos, donde tuvieron lugar los hechos de esta historia (foto Alfredo Benavente, 24 de febrero de 2012)

A PARTIR de la creación del Coto Nacional, allá por los años 60 del siglo pasado, sus gestores pusieron renovado empeño en cuidar las poblaciones de truchas de arroyos, ríos, lagunas y pantanillos. Los vedados y acotados se repoblaron con truchas arco iris y comunes, al tiempo que se construían infraestructuras, como escalas, frezaderos, pasarelas, puentes,

veredas o refugios. Pieza clave de esa política piscícola fue la piscifactoría del Borosa, construida en 1963, donde aparte de truchas arco iris se puso en marcha un proyecto de reproducción y cría de truchas comunes autóctonas, para lo que se construyeron frezaderos y capturaderos. Por aquellos años, Franco hacía esporádicas escapadas de caza a la casa forestal de la Torre del Vinagre, aparte de sus ministros, autoridades, y otras personalidades nacionales y extranjeras.

Conocedores los ingenieros de la afición de Franco por la pesca, y deseosos siempre de satisfacerlo, se mimaron ciertos lugares para la cría de buenos ejemplares de trucha común. Es bien conocido que la laguna de Valdeazores y el embalse de Aguas Negras, en el Alto Borosa, fueron los lugares preferidos por el Caudillo para sus escapadas primaverales de pesca tras las truchas de Cazorla. Pero este relato viene a cuento de un pantanillo más humilde y desconocido, y de los ilustres anfitriones que terminaron pescando, de carambola, en sus aguas.

Corrían los años 60, cuando se terminaron las obras que el Patrimonio Forestal del Estado había proyectado en el poblado de Coto Ríos para asegurar su abastecimiento. En concreto, se trataba de un gran dique para regular las aguas del arroyo Aguarrocín, que viene a nacer por la fuente del Lobo, debajo del Calarejo. Ello dio lugar a un pantanillo de aguas profundas y permanentes. Al poco, las aguas, verdes y oscuras, se poblaron de algas y de carrizos en las orillas, dando lugar a un ecosistema idóneo para la cría y engorde de truchas, que invitaba a su repoblación. El lugar era además discreto y eso venía bien a los planes de los ingenieros.

Lo que allí terminó ocurriendo, a Franco primero y a los reyes de Bélgica después, lo cuenta Rafael González-Ripoll, hermano de Juan Luís, en su libro póstumo *Tiros y tirones*. El resumen de la historia es el siguiente:

«Una vez lleno el pequeño embalse de Coto Ríos, los ingenieros decidieron inaugurarlos echando en sus aguas un porte de buenas truchas de la piscifactoría del Borosa. Coincidió esto con una de las últimas visitas que Franco hizo a la Sierra. Y una tarde, los ingenie-

ros, en su afán por agradar, le propusieron echar un rato de pesca allí. Franco, que nada sabía de aquel lugar, nuevo para él, y menos aún de la reciente repoblación de truchas, aceptó, pero nada más llegar y ver aquellas truchas tontonas, que comían en la palma de la mano, se percató del artificio, y tras lanzar una vez y sacar la primera, dejó la caña en manos de su ayudante Pereira, y le dijo secamente: ¡Vámonos, esto no me divierte! Y allí se acabó la pesca programada. Los ingenieros quedaron un tanto amoscados y durante un tiempo el pantano permaneció sin inquilinos.

»Dos años después visitó la Sierra el rey de Bélgica, Balduino, y la reina Fabiola (la visita de produjo el 31 de marzo de 1967, acompañados por los duques de Luxemburgo). Cavilando los ingenieros como entretenerlos, volvieron a echarle truchas al famoso pantano. Así, fueron a parar ochenta truchas madres que José tenía en la piscifactoría para el desove, y que unas con otras rondaban los cinco kilos de peso.

»Ni que decir tiene que los Reyes aceptaron la invitación. Su pesca pasó de los cien kilos, y cansados de bregar regresaron a la casa de la Torre del Vinagre, donde pernoctaban, agradecidos y satisfechos de tan excelente pesca».

Años después, un sobrino del rey Balduino quiso reencontrarse consigo mismo en estas sierras, seguramente influido por la grandiosidad que de ellas habían hecho gala sus tíos en aquella visita a la sierra de Cazorla. Lo que quizás no sepan muchos, es que el sobrino se hizo cargo de una punta de ganado, ejerciendo de pastor, hasta que, recuperado de sus inquietudes, volvió a Bélgica.

Hoy, el pantanillo no tiene truchas y ha sido invadido por el cangrejo rojo americano, esa especie foránea muy depredadora, que además apenas vale para la cocina.

Extracto reproducido de Rafael González-Ripoll, *Tiros y tirones*, 2004

